

La experiencia marroquí de Arturo Barea.

Khemais Jouini.

La ruta, segunda parte de la trilogía de Arturo Barea *La forja de un rebelde*⁴, nos relata las aventuras y las vivencias del autor durante la guerra de Marruecos⁵, en la cual participó como sargento. Esta novela autobiográfica viene impregnada de hastío y tristeza ante la inutilidad de la conciencia individual de un yo frente a un destino terrible, individual y colectivo; por otra parte, un manifiesto antimilitarismo y una denuncia agria de la guerra parecen conducir esta obra lo mismo que *El blocao*(1928), de José Díaz-Fernández o *Imán*(1930), de Ramón J. Sender.

El presente trabajo no pretende ofrecer una reflexión acerca de la presencia de la guerra en *La ruta*, es decir, que lo que nos interesa no es el desarrollo bélico e histórico de la guerra de Marruecos, sino que pretendemos recoger las impresiones del personaje-narrador y las resonancias que dejó en él su encuentro con el nuevo espacio físico y humano y con el que tomó contacto por primera vez. Podemos ver claramente que la obra es, ante todo, una autobiografía del autor, pero también es un documento histórico que testimonia la realidad de un Barea personal inserta dentro del marco más amplio de la guerra. En efecto, para Juan Luis Alborg la realidad histórico-política que nos cuenta Barea “no es una realidad objetiva -o pretendidamente objetiva-, sino la realidad tal como él la ha visto, sufrido e interpretado: tal como se ha insertado en su propio vivir”⁶. Blanco Amor subraya la misma idea diciendo que Barea “no se propuso ser el testigo fiel de la guerra de España, sino el autor de una autobiografía en la que su vida entraba en la guerra y la guerra definía su vida”⁷. Por su parte José María Fernández y María Herrera Rodrigo sostienen que, en la novela, “espacios y experiencias se entremezclan

⁴ La trilogía *La forja de un rebelde* apareció en inglés, en Londres, entre 1941 y 1946; y en español, en Buenos Aires, Losada, 1951. Hasta 1977 no aparecía en España, editada por Turner. Citamos por la siguiente edición: *La ruta*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986.

⁵ Véase VARGAS, Alejandro: *La guerra de Marruecos en la literatura*, Málaga, Editorial Algazara, 2001.

⁶ ALBORG, Juan Luis: *Hora actual de la novela española*, Madrid, Taurus, 1962, vol. 2, pág. 216.

⁷ BLANCO AMOR, José: “A veinte años de *La forja de un rebelde*, Arturo Barea y los valores de su obra”, *Cuadernos hispanoamericanos*, vol. 31, 5, 1972, pág. 241.

desordenadamente al trazarse la “ruta” personal y colectiva que conduce a la guerra civil y a la definición del rebelde”⁸.

El encuentro de Arturo Barea con el Magreb puede enfocarse desde tres aspectos complementarios, por lo que nuestro trabajo se divide a su vez en tres apartados: el primero, al que hemos puesto el epígrafe de **elementos costumbristas**, describe distintos aspectos culturales y humanos del nuevo espacio, reflejados desde el punto de vista objetivo de un occidental; el segundo apartado, bajo el epígrafe **elementos críticos**, analiza la actitud del autor frente a su país, que se manifiesta en el cuestionamiento del papel de España en Marruecos, y frente a sí mismo, que se manifiesta en la búsqueda de un sentido a su vida después de su contacto con el Magreb; finalmente, el apartado titulado **elementos impresionistas**, el más breve, recoge algunos aspectos del nuevo espacio que cautivaron al autor por su carácter misterioso o excepcional.

Elementos costumbristas

La acción novelesca de *La ruta*, sobre todo la parte que ocurre en Marruecos, se desarrolla en un pasado muy demarcado; es decir, que el novelista se esfuerza en construir un universo espacio-temporal que produzca en el lector un efecto de realidad y de historicidad. De ahí, el personaje-narrador está actuando como un auténtico viajero del siglo XVII o XVIII, dándonos precisiones temporales e informaciones topográficas sobre ciudades y poblados del norte de Marruecos en que se sitúa la acción de los distintos episodios narrados: habla de Xauen, Tetuán, Larache, Alcazarquivir, Ceuta y Melilla, con los rasgos arquitectónicos peculiares y propios de esta parte de Marruecos. Así por ejemplo, y siempre a la manera de un viajero al que hemos aludido antes, el personaje-narrador se dirige a un narratario extradigético y le explica qué es un zoco:

En cualquier parte en Marruecos os encontraréis siempre cerca de un zoco. Un zoco no es nada más que un mercado al aire libre. Casi siempre se llama por el día de la semana en que se celebra y el sitio donde está emplazado (...) al amanecer el sitio destinado al

⁸ FERNÁNDEZ, José M^a., HERRERA RPDRIGO, María: *La narrativa de la guerra civil: Arturo Barea*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988, pág. 125.

mercado está lleno con vendedores que a la vez son compradores potenciales (pág. 55).

Además, el autor alude a los distintos productos que se suelen vender y comprar en este tipo de mercados. Por otra parte, la novela abunda en descripciones detalladas que recrean ambientes, objetos, indumentaria de los autóctonos, sus costumbres y hábitos. De todas estas descripciones de tipo costumbrista, hemos seleccionado tan sólo dos. En la primera, el autor se refiere a la manera de fabricar el alimento básico de los autóctonos diciendo:

El pan era tortas chamuscadas, cocidas sobre piedras calientes, hecho con el trigo machacado entre piedras (pág. 8).

En el segundo ejemplo, el personaje-narrador nos describe detalladamente la manera de desollar una cabra, pero antes subraya que los musulmanes nunca venden carne muerta (no degollada) o no compran carne cuando no presencian el hecho de matarla:

El carnicero degolló la cabra sobre la tierra y colgó el cuerpo en uno de los ganchos. Hizo un corte triangular en una de las partes, levantó la solapa de piel, puso sus labios en el corte y comenzó a soplar. Lentamente la piel se iba despegando de la carne y la cabra se iba hinchando (...) Finalmente hizo un largo corte en el vientre y a arrancó la piel como si le quitara al animal un abrigo (pág. 58).

En su contacto con el elemento humano, Barea subraya la situación mísera de muchos marroquíes, una miseria que se debe, según él, a las propias condiciones de guerra, pero, sobre todo, a la lucha de intereses tanto por parte de los jefes autóctonos como de algunos políticos y militares españoles. De este elemento humano, Barea destaca la situación de inferioridad de la mujer sobre todo en lo que se refiere al trabajo que a menudo realiza ella en lugar del hombre. El autor, ante el ser marroquí en general,

parece adoptar una actitud de simpatía, que se manifiesta en la relación que entabla con el capataz Abdellah o con el jefe Sidi Jussef ; y de ayuda y auxilio manifiestos en la cura del hijo del jefe y de un obrero autóctono. El autor se muestra como ser humano capaz de sentir compasión y conmiseración por la gente del país en que lucha y sobre todo por el hombre que sufre y muere. En cualquier caso, Barea parece tener respeto hacia las tradiciones árabes al sentirse en una situación difícil y ridícula cuando su capitán quiso que Sidi Jussef bebiera coñac con él. Estas posturas revelan la crítica dura de Barea del “efecto alienante de la colonización española sobre el pueblo musulmán y el papel del Ejército como sustentador de semejante forma de totalitarismo... Lo que defiende Barea, por tanto, es la libertad del pueblo árabe para mantener su cultura, que los españoles no tienen derecho a cambiar por otra diferente cuya superioridad es, cuando menos, discutible”⁹.

Las descripciones de tipo costumbristas a las que hemos aludido anteriormente no son un simple colorido y no sirven para saciar un deseo de exotismo, sino que funcionan como invitación al lector para que visite el pasado, para que se sitúe en un tiempo y un espacio que no son los suyos. Así, el lector percibe el ambiente del universo marroquí con sus costumbres y sus tipos bien definidos durante la guerra de Marruecos, ante la cual Barea adopta una clara postura de rechazo e indignación.

Elementos críticos

En efecto, y con esto enlazamos con la segunda parte de nuestro trabajo, Arturo Barea se une al grupo de autores anticolonialistas que escribieron sobre la guerra de Marruecos. El autor une su voz a las que se levantaron airadas en contra de la muerte de tantos soldados en una guerra que se cree inútil, sobre todo después del desastre militar de Melilla en 1921. En este aspecto, la novela es, como tantas otras, una “crítica de tipo ideológico y político dirigida a demostrar la inutilidad del sueño colonial de una nación que

⁹ *Ibidem.*, pág. 127.

no es capaz de resolver sus propios problemas internos"¹⁰. El cuestionamiento del papel de España en Marruecos encuentra su mejor ejemplificación en la siguiente cita, en la que el autor manifiesta claramente su postura ante un conflicto que no hacía más que desangrar a España:

Cada soldado, cogido en el mecanismo de un Ejército se pregunta a sí mismo en la víspera de ir al frente: "¿Por qué? (...) ¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Por qué tenemos que "civilizarlos" si no quieren ser civilizados? ¿Civilizarlos a ellos, nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros?" (pág. 70).

Dentro de la novela otras voces se levantan indignadas contra la presencia de España en Marruecos. Así, para la madre del autor es una "pesadilla horrible" (pág. 47), y para el Sr. Paco "Marruecos es la mayor desgracia de España, un negocio desvergonzado y una estupidez inconmensurable al mismo tiempo" (pág. 107). La actitud anticolonialista o pacifista de Arturo Barea no sólo se manifiesta en el cuestionamiento del papel de España en el territorio marroquí, sino que salta a la vista en la agria denuncia y dura crítica del comportamiento y de la corrupción del Ejército sobre todo en sus escalafones superiores:

Durante la guerra la gente se ha hinchado de ganar dinero. Tipos que toda su vida habían ido con los pantalones rotos, los ha visto de repente abriendo cuentas corrientes fantásticas; los periódicos que antes no se vendían, de pronto los compraba una Embajada; se convertían en un rotativo de gran circulación; a los ministros se les daban propinas de un millón de pesetas; las mulas viejas por

¹⁰ LÓPEZ GARCÍA, David: *El blocao y oriente: una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí*, Murcia, Universidad de Murcia, Secretario de Publicaciones, 1994, pág. 22.

las que un gitano no hubiera dado diez duros, se han vendido a mil duros(pág. 125)

Al final de la novela, Arturo Barea llega a la conclusión de que el único propósito de la política castrense y de sus colaboradores era mantener la mecha de la guerra en Marruecos siempre encendida, ya que según el sargento Córcoles *"casi todos los oficiales que vienen aquí, vienen a hacerse ricos"* (pág. 59); y el abandono del país sería para ellos como la muerte de *"la gallina de huevos de oro"* (pág. 197), tal como el mismo personaje describe metafóricamente Marruecos.

Marruecos aparece en *La ruta* como un lugar donde todo se vende: el valor, la cobardía, el amor, el cuerpo, la borrachera continua. Barea subraya esto cuando dice que: *"durante los primeros veinticinco años de este siglo Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos"* (pág. 33). En este aspecto, y en una conversación con el personaje-narrador, Sidi Jussef compara el comportamiento de los españoles en Marruecos al de los conquistadores de América y dice: *"los conquistadores fueron igual que los soldados de aquí: aventureros, desesperados, borrachos y mujeriegos, conquistan matando y corrompiendo"* (pág. 52). El rechazo del autor a la violencia y a una guerra absurda e inútil le lleva a describir todo el horror y la crueldad que genera el hombre, y que se puede ilustrar con la imagen cruel con la que Barea nos presenta la derrota española de Melilla en 1921. El autor parece señalar las contradicciones entre los ideales de la impresa pacificadora y colonizadora de España en Marruecos y la situación poco edificante y eficiente de la realidad de los hechos.

En medio de todo este ambiente duro y terrible sobre el que gravita constantemente el fantasma de la muerte, Barea proyecta un sentimiento de tipo existencial, en la medida en que siente la ignorancia de su propio destino. Dicho estado empieza cuando, en sus primeras semanas en Marruecos, el autor siente que lentamente está cayendo en la rutina diaria embrutecedora:

Lo mismo que estaba pasando a mí estaba pasando a todos los demás (...) cada uno se degeneraba en esta existencia sin acción, dentro de un mundo de un kilómetro en radio. Todos olvidábamos en qué día de la semana o del mes vivíamos. Dormíamos, comíamos y digeríamos (pág. 66).

La experiencia marroquí del autor transforma su personalidad y genera en él un efecto de extrañamiento y de enajenación hacia su país y su familia, que expresa en la siguiente reflexión que formula al regresar a Madrid al licenciarse del Ejército después de cuatro años:

Todos los eslabones que me unían al mundo en que había vivido durante los últimos cuatro años estaban rotos; y ahora al volver al mundo en que había vivido antes, me iba a encontrar un extraño en él y tendría que forjar nuevos eslabones (pág. 215).

El regreso a España ha provocado en el autor un radical desencanto, ante un ambiente que le ha hecho aún más extraño, un ambiente que siente como preludio de la guerra civil, sobre todo cuando Barea presenta la guerra de Marruecos como "*una escuela de dictadores*". Después de cuatro años en Marruecos, el autor cree haber llegado a un cruce de caminos de su vida, un cruce de caminos análogo al cruce decisivo en la historia de España a la altura de 1925 con el desembarco de Alhucemas realizado por el entonces coronel Francisco Franco. El autor alude metafóricamente a este cruce al finalizar su novela con la siguiente reflexión:

Por aquellos días, miles de hombres estaban trazando nuevas rutas a través de toda España (pág.259).

Así, el proceso novelesco autobiográfico resulta imbricado en el curso de la Historia, de modo que los sucesos históricos afectan al destino del autor que aparece inserto en la historia colectiva.

Elementos impresionistas

Sin embargo, la experiencia marroquí de Arturo Barea no se limita al aspecto costumbrista y crítico al que hemos aludido antes; para el autor, Marruecos tendrá las características de descubrimiento de un nuevo mundo en el que surge la curiosidad por el período hispano-árabe, su historia y su cultura. López García afirma a este propósito que “al enfrentarse el escritor con una cultura y un mundo diferentes, y tan deslumbrantes por el color del que hace gala, es muy improbable que pueda sustraerse a la admiración”¹¹. Tetuán y Xauen dejarán profunda huella en el espíritu del autor, no sólo por su carácter misterioso, sino también por su carácter cosmopolita en el que conviven las tres comunidades:

Cuando nos encontrábamos allí, en medio de tal mezcla de razas (...) en tan mezcla de religiones rivales (...) era para mí como si la España medieval hubiera resucitado y estuviera ante mis ojos (pág. 90).

Esas ciudades¹², en las que los judíos siguen hablando su idioma de antaño y conservando las llaves de las casas que sus tatarabuelos dejaron en España, como la prostituta Luisa, y en las que el almuédano canta la gloria de Allah, parecen los lugares donde se guardan las raíces de los españoles. Esta relación estrecha entre estos dos mundos la expresa el autor cuando dice:

En las noches de luna, Xauen evocaba en mí Toledo con sus callejuelas solitarias y tortuosas. Y para siempre Toledo ha evocado en mí Xauen. (pág. 89).

Más que una nostalgia por esa época de la historia de España, el autor expresa su nostalgia por el espíritu de tolerancia y convivencia que ha

¹¹ *Ibidem.*, pág. 8.

¹² LÓPEZ GARCÍA, David: *op. cit.*, pág. 86, señala que con la ciudad, como lugar común en la literatura española de tema marroquí, “el alma las transforma en algo lejano, desconocido, y bello, una especie de paraíso. Son ciudades para el sueño, lugares inalcanzables donde el placer, el misterio y el exotismo campan por respetos.”

desaparecido en un período de profunda crisis ideológica y existencial ante su propia vida y ante los problemas políticos y sociales que ha generado la cuestión marroquí.

Así pues, vemos que el espacio físico y humano de Marruecos le ha valido a Arturo Barea como trasfondo histórico a su biografía novelada, y la lejanía geográfica de su país ha servido su afán de búsqueda de un sentido a su vida individual que parece estrechamente ligada al destino de la colectividad.

Referencias bibliográficas

ALBORG, Juan Luis: *Hora actual de la novela española*, Madrid, Taurus, 1962, 2 vols.

BLANCO AMOR, José: “A veinte años de *La forja de un rebelde*, Arturo Barea y los valores de su obra”, *Cuadernos hispanoamericanos*, vol. 31, 5, 1972.

FERNÁNDEZ, José M^a., HERRERA RODRIGO, María: *La narrativa de la guerra civil: Arturo Barea*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988.

LÓPEZ GARCÍA, David: *El blocao y oriente: una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí*, Murcia, Universidad de Murcia, Secretario de Publicaciones, 1994.

VARGAS, Alejandro: *La guerra de Marruecos en la literatura*, Málaga, Editorial Algazara, 2001.